

## El cantorna

LA vertiente en que se enclavó el lugar, quita grandiosidad y perspectiva a su horizonte, que no parece manchego, por lo llano, hasta que se sale de las orillas, brincando el cinturón de cerros, pues incluso siguiendo su corriente hacia la Chela hay eibantos como el de la casilla del caminero, que ocultan totalmente nuestro pueblo.

La sequedad y fortaleza del terreno en estas alturas próximas acrecienta, más bien que amortigua, la aridez, y en ciertos puntos del pueblo, como en el Cristo mismo y la placeta de Santa María, se deja sentir la desconcertante profundidad del lejano y desolado horizonte por encima de los tejados.

La vertiente distal de esos cerros tiene la misma asperidad que la proximal. Solo después de la caída y a diferente distancia, según la dirección, se llega a la tierra llana, mero solar, (camino de Villafranca, Vía del Hambre, los Anchos) o a la tierra tenuemente adornada de plantaciones o quinterías en el resto del cinturón.

Hasta que no se trasponen estas alturas no se tiene la sensación de haber salido del pueblo y ya se sabe que por algunos sitios esto no es tan en las orillas: Cerro Gigüela, Altomira, etc.

Pasado esto es cuando se percibe la soledad y se tiene la sensación de encontrarse perdido en el horizonte por caminos tristes cuyo destino se desconoce y si cabalgais comprendéis aquella majestuosa ansiedad del Cid cuando veía ensancharse Castilla delante de su caballo.

El pueblo, el paisaje del pueblo, que no es solo el casco urbano, llega hasta los cerros. Los baldíos, las besanas, los viñedos y lastonares están detrás, donde se pierde de vista el lugar, y el caminante se siente alucinado y cree haber quedado desligado del mundo.

De haberlo sentido y deseado, la tierra de la cuenca urbana hubiera tenido un aspecto diferente y con ella el pueblo también. Los altos hubieran estado poblados por lo menos de olivas, almendros, algarrobos o higueras. El agua de las Santanillas que está molestando en la Estación desde que la hicieron, hubiera hecho mucho bien a las plantaciones. La misma de las Perdigueras, desde el cerro, pudiera haberse aprovechado favorablemente.

La Serna tuvo su riego, aparte del agua que recibe espontáneamente, como la Veguilla y el Albardial.

Cierta regularidad en el esfuerzo, un poco de constancia, en lugar del impulso arrebatado y fugaz que nos caracteriza, hubieran hecho cambiar totalmente la fisonomía y la entraña del lugar.

Pero, claro, entonces nosotros no seríamos nosotros y esta condolencia no sería una petición de peras al olmo. Nuestras almas dialogarían con los pájaros, con las nubes, con las flores, en relación íntima y tierna, sin la asperidad «despreciativa de lo que ignora»: el paisaje y el hombre no se repelerían como locos dados a la gresca, se humanizaría la relación con el aire libre, con el campo y las plantas y no sería exclusivo de un momento y de determinadas personas el poder anegarse en la contemplación de un claro de luna o de un cielo estrellado, que son atributos de la divinidad puestos en el mundo para elevarlo por el amor y el conocimiento.

¡Cuántos milagros podría haber hecho con la tierra una mayor sensibilidad y qué cambios hubiera tenido el hombre con las emociones humanizadoras del paisaje!